

## **TERCER PREMIO**

### **Córvida**

De Celia Dos Santos Hernández

La pequeña Susana juega sola en el parque. Nadie la molesta mientras se balancea en su columpio, comiendo tranquilamente sus galletas. Le gusta la soledad, disfruta de ella, le ofrece más compañía que la de los niños de su edad; porque a Susana lo que no le gusta es que la llamen «friki», ni «bicho raro», aunque sepa que lo es.

Un pájaro desciende frente a ella. Es un cuervo de plumaje reluciente, que la mira durante un largo lapso de tiempo, moviendo la cabeza con apariencia espasmódica. Susana también lo mira a él. La enternecen las fulgurantes canicas que tiene por ojos. El cuervo grazna débilmente, demandante. Rápida en advertirlo, Susana echa un vistazo al paquete de galletas: «¿Quieres?», le dice. Así que le lanza una, preguntándose si le gustará, porque nunca había oído que los pájaros comieran galletas. El cuervo da pequeños saltitos para acercarse a la comida que han lanzado. Apunta sus canicas hacia la galleta para examinarla y, seguidamente, la introduce en su pico antes de alzar el vuelo para desaparecer de vista.

Susana vuelve a casa. A mamá no le ha hecho gracia que se pasara tanto tiempo fuera. Mamá no está contenta.

Al día siguiente, Susana sale al jardín a jugar. No está sola. El mismo cuervo del parque ha venido a verla, pero esta vez ha llevado a su familia con él. Las bestias emplumadas emiten graznidos amistosos desde todos los lugares del patio: por las ramas de los árboles, sobre la hierba, desde el cielo... Susana agradece la visita, así que, como buena anfitriona, entra en casa para coger algo de pan y luego reparte las migajas entre ellos.

Susana quiere que vuelvan a verla. Por eso, se las ha ingeniado para crear un comedero y un bebedero solo para ellos. Cada mañana, les deja todo lo que necesitan.

En cierta ocasión, Susana descubre que hay algo en el comedero que ella no había colocado allá. No es más que un pequeño trozo de vidrio, aunque a ella le parece muy bonito, de modo que se lo termina quedando.

A partir de entonces, no hay día que los cuervos no pasen a visitarla. Y por cada visita, le dejan un pequeño presente. Son cosas de escaso valor: clavos, pendientes sueltos que algunas mujeres han extraviado, adornos, botones... Pero Susana los guarda en su cajita como si de tesoros se tratasen, y nadie más que ella tiene derecho a tenerlos.

A mamá no le gusta que «esas ratas con alas» se paseen a sus anchas por su jardín. «¡Malditos pajarracos!», les chilla mientras prueba a espantarlos con una escoba. Mamá no está contenta.

Mamá está en el salón. Ha tenido una fuerte discusión con su novio porque le ha encontrado en su teléfono conversaciones indecorosas con «una de sus guarras». Él ya se ha ido, y ella ha echado mano a una de sus botellas. Cuando, con la copa en la mano, ve pasar a su hija, busca cualquier excusa para descargar su rabia. Mamá comienza dándole un bofetón; después, continúa propinándole continuos golpes en el suelo. Mamá no está contenta.

Susana sale al patio con las mejillas empapadas en lágrimas. Le duele el brazo, tiene un ojo hinchado y le sangra el labio. El sonido de la llantina se entremezcla con el de los graznidos. Levanta la cabeza para comprobar que hoy tampoco está sola. El mismo cuervo de siempre, en compañía de los suyos, se acerca hasta ella. Si no supiera la verdad, diría que vislumbra en sus canicas un sentimiento tan humano como es la compasión. No es la primera vez que la ven llorar y, como todas las veces, la acompañan hasta que logra calmarse.

Al día siguiente, mamá se va al trabajo, como siempre.

Susana se aburre mucho, porque hoy sus amiguitos no han venido a visitarla. ¿Qué tendría que hacer? Leer puede ser un buen plan, ¿O tal vez jugar a la pelota? Sí, también podría ser.

Es tarde. Mamá ya tendría que haber vuelto.

Las diez. Las once. Las doce... Mamá sigue sin volver. ¿Dónde está mamá?

Desde el exterior, se oyen los graznidos. Susana sale corriendo al patio con la ilusión de ver a los cuervos. Allá están ellos, desde todas las esquinas, desde todos los rincones. Con una sonrisa, se acerca a saludarlos. Entonces, repara en que su buen amigo está posado en el comedero, en una postura solemne. «¿Qué me has traído esta vez?», le pregunta animadamente. Susana camina hasta él y asoma la cabeza. Allá, observa un objeto extraño entre la comida. Aproxima su rostro aún más y entrecierra los párpados para agudizar la vista: el aspecto viscoso, la forma esférica, el color blanquecino... No había duda: un ojo.